



REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA.

ADMINISTRACION: Librería de la Inmaculada Concepcion, calle del
Buenosuceso, n.º 3, Barcelona.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En España é islas adyacentes.	14 pesetas al año.
En Cuba y Puerto-Rico. . .	17 id. id.
En las islas Filipinas. . .	20 id. id.
En Portugal.	3200 reis id.
En Francia, Argelia y Bélgica.	16 francos id.
En las repúblicas de América.	25 pesetas id.

ADVERTENCIAS.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre en España, y de un año en Ultramar y Extranjero, comenzando siempre por enero.

No se atenderá suscripción alguna cuyo importe no se haya anticipado por medio de libranza, letra de fácil cobro, ó de otro modo fácil y seguro.

Los números sueltos se venden á 3 rs.

SUMARIO DE ESTE NUMERO.

TEXTO.—CHINA: Detalles acerca el fallecimiento del ilustrísimo Eligio Cossi, pág. 201.—FILIPINAS: Un viaje por el bosque de Filipinas, desde el pueblo de Siniloan al de Binangonan de Lampon, 202.—Un cardenal pidiendo limosna, 206.—Las Hermanas de la compañía de santa Teresa de Jesús en Orán, 207.—La *Obra de la propagacion de la fe*: IV, V y último, 208.—CRONICA: España, Pondichery, Vizagapatam, Noticias varias, 208.—VIAJE EN EL DESIERTO DE LA BAJA TEBaida: V, El Sannur; VI, Camelleros y camellos; VII, A

través del desierto; VIII, Entrada en el convento de San Antonio; IX, Historia; X, El convento; la iglesia de San Antonio, 211.—Escena en el interior de una cabaña malgache, 217.—Apuntes históricos sobre la fundacion del Colegio de San Carlos y sus Misiones en la provincia de Santa Fe: VIII y último, 218.

FOLLETIN.—Viaje biblico en Oriente. (Pliego 16 del tomo 2.º)

GRABADOS.—Capilla y granja de Nuestra Señora de la Consolata, 201.—Entrada del P. Jullien y de sus compañeros en el convento de San Antonio del desierto, 209.—Vista del convento de San Antonio del desierto, 213.—Interior de una cabaña malgache, 216.

EL REY DE LA CREACION.

Mi querido lector: tomo la pluma para desahogar mi corazón. Anoche oí a Don Gil el veterinario, un discurso de filosofía *libre pensadora* y desde anoche tengo un peso tan horrible en la boca del estómago, que si no lo descargase sobre la bondad de algun amigo capaz de darme un consejo, seria cosa de morir de la indigestion de mentiras que se me ha formado dentro del cuerpo.

El discurso trató, como de costumbre, del *yo* y del *yo no*, del *espíritu* y de la *materia*, del *cosmos* y del *caos*, de religion y de politica, y de no sé cuantas cosas más; pues tú sabes que ahora todo el mundo, incluso los albéitares como Don Gil, que apenas saben herrar animales, se meten á sacar de su *error* á las personas.

¡Buena persona la de D. Gil! En menudo enredo nos metió anoche para demostrarnos que todos éramos hermanos de padre y madre de los parroquianos que él ata los domingos al banco para ponerles zapatos nuevos, y que, por lo mismo, no debemos pensar en más vida que la presente, puesto que no hay otra más allá.

Cuando D. Gil llegó aquí, ya empecé yo á no poder tragar la saliva. Y comprenderás la razon, si te digo que soy viejo, soy pobre y no he hecho en este mundo otra cosa que pasar muchas penas, procurando cumplir con mi deber. ¿Qué esperanza me queda á mí, trasto desvencijado, exclamaba yo, qué esperanza me queda en este mundo, donde tanto he padecido si no ha de haber otro mejor donde desquitarme? ¿Para qué nací yo entonces, si en mi juventud breve no habia de poder gozar, y en mi vejez larga sólo habia de sufrir, como les pasa á todos los hombres? ¿Qué ventajas les llevo yo, entonces, á los séres á quienes D. Gil arregla los zapatos? Ninguna. Entonces ¿por qué este bendito D. Gil dice que yo soy el rey de la creacion?

En efecto, en aquel momento el albéitar, sublimado en un arranque oratorio, exclamaba:

—Nosotros, los hombres, *última evolucion de la série zoológica, última manifestacion de lo inconsciente que se conoce, flor panteística del gran cosmos, célula embriogénica llegada á la cúpula de su desarrollo*, somos, como ha dicho un gran sabio, los reyes de la creacion. Por encima de nosotros, no hay nada. Somos los reyes que...

Al llegar aquí, mis ojos, cargados de tanta barbaridad, empezaron á cerrarse; y como cuando uno está triste y se duerme, no sueña más que cosas malas, apenas le llevaria yo administrados al vecino de mi derecha media docena de ronquidos, cuando se me empezó á hilvanar en la sesera el sueño más extravagante que pudiera ocurrirle á un rey de mi catadura.

Sonaba, que, como rey que era, segun me habia asegurado D. Gil, empuñando mi cetro y calándome mi corona, me habia parecido bien pasar revista á mis vasallos.

—¡Hola! gritaba yo desde lo alto de un monte, dando la voz de mando á todos los séres que habitan el globo de mi pertenencia. Vengan ustedes acá, que ha parecido bien á *Nos* celebrar un besamano solemne para conoceros de cerca.

Un bullicio como de avispero que se quema sucedió en aquel momento á mis palabras. Los animales de la creacion, saliendo cada cual de su escondrijo, empezaron á agitarse para presentarseme.

—Aquí estoy, dijo el perro, que, como más fiel, fué el primero que acudió á mi voz. Aquí estoy, repitió, ¿para qué me llamas?

—Para que como rey, me prestes el debido acatamiento.

—Pues si es para eso, rey mío, no tengo inconveniente, por la parte que me toca; pero llévate cuidado con la gente que viene detrás, porque temo que se te van á burlar en las barbas.

—¡Burlarse de mí! exclamé subiéndome los pantalones. El que sea hombre, que se atreva.

No habia acabado de hablar, cuando de un salto, se me presentó la pulga. Fui á echarla los ojos encima, pero dió otro salto y se me metió por el colodrillo.

—¿Qué es esto? grité ofendido, ¡a tu rey tal desacato! Y empecé á desabrocharme el manto para pillarla, pero... ¡que si

quieres! no tuve más remedio que dejarla. En vez de besarme la mano con arreglo á etiqueta, habia tomado ya posesion de mi real persona y sin duda estaba eligiendo ya la parte más succulenta de ella para desayunarse.

Me sentí bastante picado, pero continué la ceremonia.

Era el momento en que el marrano (con perdon de ustedes) subia las gradas del trono, gruñendo con malisimos modos. Pesaba diez y seis arrobas, y se conoce que le costaba trabajo la caminata.

Me pareció ocasion muy oportuna para desquitarme y robustecer el principio de autoridad, dándole un sofocón, en la seguridad de que era un bicho indefenso.

—¿Es esa manera decente de presentarse ante tu rey? exclamé cruzándome de brazos en ademán altivo.

—Déjame que me tienda y ahora hablarémos, contestó el muy soez. Y diciendo y haciendo, se arrojó al suelo allí en mis barbas, dando un fuerte resoplido de satisfaccion. Tú dirás en qué hay que servirte, exclamó tranquilamente, así que se hubo acomodado á su placer.

—Te llamo para que me rindas vasallaje. Soy tu rey.

—¿Qué es eso de rey? exclamó levantando un poco la cabeza y poniendo las orejas tiesas en señal de atencion y de sorpresa. ¿A qué reino te refieres, al de tejas arriba ó al de tejas abajo? Porque si se trata del primero, los cochinos bajamos la cabeza; pero si se trata del segundo, me río yo de lo del vasallaje.

Este cochino es filósofo, dije para mis adentros. Meditemos la contestacion. Y empecé á meditarla procurando recordar las lecciones del albéitar.

—El hombre, dije repitiendo lo aprendido de D. Gil, es rey de la creacion porque es la *última evolucion de la série zoológica, porque es la flor panteística del gran cosmos, porque es la célula embriogénica llegada á la cúpula de...*

—¡Qué cúpula ni qué monsergas! hablemos claro. ¿Quiere decir todo eso que el hombre es sólo carne? Pues hijo, si sólo es carne, más vale la mía, que se paga á buen precio, que la tuya que sólo la comen las gentes de mal gusto.

—¿Y la inteligencia? repliqué furioso.

—¿La inteligencia? De bastante sirve ese instrumento á los que piensan como tú.

—Es el que nos revela el porvenir.

—Buena ganga. ¡Infeliz! si tu porvenir segun tu ciencia, no ha de ser mejor que el mío, ¿quién de los dos vivirá más á gusto: tú que lo conoces, ó yo que lo ignoro? En una palabra: si para ti, como para mí, no hay nada de tejas arriba, ¿dónde está tu superioridad, rey mío? ¿dónde están las ventajas que tú me llevas, para que yo te rinda vasallaje? Echemos cuentas. Tú naces y yo tambien. En eso estamos iguales, y si hay superioridad, estará de parte de mi madre que no necesitó comandrones y que me dió á luz con la ropa puesta. Siguen despues los primeros pasos y los primeros dientes, y aquí empiezo yo á valer más que tú por los cuatro costados. Cuando tú apenas te mueves, ya trisco yo como un cabrito. Tú tienes que educarte; es decir, tienes que sufrir para aprender, sabiendo que el aprender, sólo sirve para más sufrir. Yo nazco con el idioma aprendido, y no necesito seguir más carrera que la precisa para estirarme las piernas. Llega la edad adulta y sucede lo mismo. Tú siempre esclavo, yo siempre libre. Tú cavilando, presintiendo males, ambicionando bienes, levantando castillos que quedan en el aire, y sufriendo desengaños que son como castillos; yo comiendo, bebiendo y engordando, sin cavilaciones que me quiten el sueño, ni penas que me quiten la tranquilidad. ¿Dónde está, pues, tu superioridad? ¿Será en el comer? Yo me sostengo con un puñado de maíz, y tú necesitas libros de cocina. ¿Será en el vestir? Yo no necesito sastre, y tú tienes que entraparte con el tuyo. ¿Será en el gozar? Tú no estás satisfecho nunca, y yo lo estoy siempre. Será en el morir? ¡Ah desdichado! Aquí es donde tu infelicidad llega al colmo, pues no puede haberla mayor para un ser que vive, que el vivir sabiendo que se muere.

Aquí el marrano se puso muy grave.

—Tristeza me da, continuó, tratar esta materia con hom-

bres como tú. ¿Cómo pretenderás tú pasar por rey, cuando dada tu doctrina, no eres más que un pobre condenado a muerte?

—También lo eres tú, contesté cargado.

—Sí, pero a mí no me notifican la sentencia.

La contestación era contundente.

—Los hombres del libre pienso, los que profesais la fe de tu maestro el albéitar, continuó, no sois más que unos pobres reos que entráis en capilla, apenas teneis uso de razón.

La razón, pues, no puede ser para vosotros un título de rey, sino una cadena de esclavo. Si a lo menos creyérais en la vida eterna, como esos que llamais oscurantistas, enhorabuena que pretendierais ser reyes de los que no podemos pasar de la temporal; pero si al hacer el último guiño asegurais que todos hemos de quedar lo mismo, ¿dónde está vuestra superioridad?

—Calla, animal inmundo, contesté yo mareado y no sabiendo qué camino tomar. Mi inteligencia es un fuego sublime que me pone en relaciones con el infinito.

—Buen provecho te hagan esas relaciones. Yo no quiero novias con quien no he de casarme.

Al llegar aquí me faltaron razones. La terrible lógica del cochino, me puso muy angustiado. Miraba mi corona de hoja de lata y mi manto de percalina, y conocía que bajo el punto de vista de las *eflorescencias cósmicas* de D. Gil, mi majestad estaba bastante por bajo de la de cualquier rey de bastidores. Entonces, por una de esas reacciones de corajina que les entran a los que no tienen razón, quise echármela de valiente.

—Mal bicho, dije, si es cierto que el hombre por su inteligencia es más infeliz que el bruto que vive indiferente y no ve sus propias miserias, en cambio, esa misma inteligencia hace que le domine con su superioridad.

—Superioridad ¿en qué? gritaron una porción de voces.

—¿Será en el correr? dijo el galgo. Ven a correr conmigo.

—¿Será en el volar? dijo el águila. Vamos a volar juntos.

—¿Será en el nadar? exclamó el pez. Prueba a echarte al agua.

—Tal vez lo digas por la fuerza, dijo el león sacando la zarpa.

—Y sin embargo, repliqué indignado, aun así y todo os tengo sujetos.

No había acabado de decir esto, cuando.... (nunca que lo hubiera dicho) un torazo de cinco años arrancó derecho a mí con cada cuerno como una lanceta. Verlo, y tomar el primer olivo que encontré a mano, fué todo obra de un momento. Angustiado, con el manto roto y la corona ladeada, procuré agarrarme como pude a una de las ramas, donde ya me creí seguro, cuando llamó mi atención rumor extraño de voces y carcajadas.

Miradas de vasallos infinitamente pequeños, se me habían aproximado sin yo advertirlo, y reían como locos burlándose de mí.

—¿Con que nos tienes sujetos? gritaron los mosquitos lanzándose sobre mí en forma de nube de que no podía defenderme. Uno me picaba en la nariz, diez en las orejas, veinte en la frente, mil en los ojos, en las manos, en todas partes. A esto, una interminable procesión de parásitos asquerosos me invadía por todos lados.

—Con que sujetitos ¿eh? Ya te daremos a ti la sujeción.

Y en efecto, me la daban. Aquello era un infierno. Langostas, tábanos, orugas de mil clases, filoxeras de especies variadísimas; innumerables especies de coleópteros, ortópteros, neurópteros, hemipteros, dípteros.... todos reían, me asediaban, me picaban, me insultaban y me saludaban diciéndome:

—Salve, ¡oh rey! Venimos a ponernos a tu disposición. Nosotras, decían las langostas, nos encargaremos de tus trigos. Nosotras de tus viñas, decían las filoxeras. Nosotras guardaremos tus frutas, saltaban las orugas. Y nosotros tus panales, contestaban los escarabajos. ¿Quién nos quita el guardar tus ropas? indicaban las polillas. Pues de tus ricos muebles, quién mejor que nosotras puede encargarse? replicaban las carcomas. Bien, gritaron a éstos los *microbios* del cólera morbo; vosotros podeis encargarnos de las cosas del rey, pero del rey mismo nos encargaremos nosotros.

—¡El cólera, no! ¡El cólera, no! exclamé llorando como un chiquillo que ha perdido la chichonera.

—¿Por qué te afliges tanto, *célula perfeccionada*? exclamaron unos gusanillos asquerosos. ¿Si te mueres tú no estaremos aquí nosotros para comerte y volverás de este modo al *seno panteístico del gran cosmos* que dice D. Gil?

—Teneis razón, exclamé ya descorazonado y desesperado de ver la humana miseria. Teneis razón; y puesto que el hombre, con corona y todo, es el más desgraciado de todos los seres, allá voy.... y diciendo y haciendo me arrojé del olivo para que me destrozase el toro.

Un toro y dos puñetazos me advirtieron al despertarme que no era el toro sobre quien yo me había arrojado, sino sobre la fila de espectadores que había en la grada de más abajo. Calcúlese la marimorena que allí se armaría.

—A dormir se va a la cama, gritaban unos.

—Ese es un oscurantista fanático, gritaban otros.

—Pronuncie V. discursos para estos bárbaros, exclamaba furioso un entusiasta partidario de D. Gil.

Yo me escurri como pude, y todo mal trecho, me dirigí a mi casa con la cabeza como una olla de grillos. Afortunadamente estaba allí el cura esperando para tirarme de las orejas.

—¿Quién te mete a ti en esas reuniones y en escuchar esas barbaridades?

—Como dicen que es preciso ilustrarse.

—Infeliz, ¿has visto tú que nadie se ilustre oyendo mentiras?

—Pero dígame V., señor Cura. Usted también nos ha dicho algunas veces que el hombre es rey de la creación.

—Sí, hijo, pero destronado.

Y aquí el Cura, sin tantos requilorios como D. Gil, me explicó el gran misterio de la vida humana. El hombre fué puesto por Dios, me dijo, como rey de la creación por ser la única criatura terrestre a quien concedió el privilegio de conocerle y de amarle. Pero desde que esa criatura se negó a cumplir su cometido, su misma corona de inteligencia se convirtió en corona de espinas. Por eso habrás observado, añadía, que mientras los animales viven sin penas en medio de los bosques, el hombre en medio de su civilización las tiene tan grandes que se pega un tiro. Este es el mejor argumento para los que no creen en el pecado original.

Y ahora saca la cuenta. Si por el pecado original perdió ya el hombre su primitiva grandeza a la que sólo puede volver por la fe del que le redimió (según lo demuestra el ser los pueblos cristianos los más adelantados), ¿qué reinado ni qué calabazas hay que esperar, renegando de esa fe, como quieren los amigos de D. Gil? Nada, hijo mío: pueblo sin religión, más o menos tarde, pueblo bárbaro, porque sin religión, no puede haber sociedad. Y como sin sociedad el hombre es el más débil de todos los seres, resulta que la corona de rey de la creación cuando no hay fe es sólo una corona de cartulina.

—Es decir, que el cochino de mis ensueños tenía más razón que el filósofo D. Gil.

—Sí, hijo mío, y no lo extrañes, porque hay filósofos que discurren peor que los animales. Especialmente cuando se dedican al libre pienso.

(La Lectura popular.)

EL OFICIO DE LA FIESTA DEL CORPUS.

Hé aquí una anécdota del siglo xiii que se refiere a la solemnidad del Corpus, y es debida a un insigne Prelado.

Santo Tomás de Aquino no es sólo el autor del *Pange lingua*, como algunos han creído, sino que lo es también de todo el Oficio del Santísimo Sacramento, que compuso en 1262 ó 1263.

No se puede hacer subir la fecha de este himno hasta 1260, porque la fiesta del Corpus no se estableció sino dos años más tarde, y se celebró por primera vez en toda la Iglesia el 19 de junio de 1264.

Cuando el Papa Urbano IV decidió el establecimiento de esta fiesta, quiso que el Oficio fuese compuesto por los más sabios y más piadosos hombres de su tiempo. Hizo venir a su presencia

SUSCRICION EN FAVOR DE LAS MISIONES CATOLICAS.

Para las Misiones más necesitadas:

D. Buenaventura Partins y Pons.	11	Pesetas.
D. Patricio de Otano, Rentería.	6	»
D. Lorenzo de Echeverría.	9	»
D. J. R. en sufragio de su alma.	5	»
D. Aniceto Lorel, Pbro.	11	»

Para las Misiones de la China:

D. J. C.	250	»
------------------	-----	---

D. RESTITUTO DE LAPANZAGORDA.

No sé cómo fué, pero ello es, que paseando yo un día con el Sr. D. Restituto de Lapanzagorda, persona conocidísima en los altos círculos libre-pensadores de España y el extranjero por sus profundos conocimientos en filosofía, antropología, sociología, y otras cosas acabadas en *ia*, me ocurrió decir (porque hablando hablando vino á cuento), que el hombre había nacido para servir á Dios en esta vida, y verle y gozarle en la otra.

Esto dijiste, como si hubiese oído el mayor despropósito, hé aquí que D. Restituto suelta el trapo y en poco tiene que soltarse hasta los mismísimos pantalones para evitar un desperfecto.

—¿De qué se ríe V., señor D. Restituto? exclamé dándome por ofendido de aquel alboroto.

—¡Hombre! ¿de qué me he de reír? de ese trozo del Padre Ripalda que acaba V. de citarme.

—Pero, acaso ¿no es verdad exacta lo que encierra?

—Quite V. á un lado, criatura; eso es una antiqualla que ya no tiene razón de ser en los tiempos que corremos.

—¿Cómo! señor D. Restituto, ¿acaso los tiempos que corremos pueden rechazar el gran dogma del fin del hombre? Pues si no hemos nacido para servir á Dios en esta vida y gozarle en la otra, ¿para qué hemos nacido?

—Ta, ta, ta; veo que V. está muy atrasado. Hemos nacido para trabajar, y adelantar, y progresar, y llevar á la humanidad por sus grandes derroteros, etcétera, etcétera, etcétera: ¿está V.?

—No señor, ¡yo que he de estar! ni estaré nunca por más etcéteras que V. eche. O todo eso son palabras vanas y sin sentido, ó todo eso quiere decir, que sólo hemos nacido para trabajar, fastidiarnos y nada más.

—Y perfeccionarnos, señor mío.

—¡Ah, vamos! tiene V. razón. Y perfeccionarnos; y después... morirnos, que es lo mismo que hizo el caballo francés, cuando ya se había perfeccionado y aprendido á no comer; que se murió.

—La humanidad no muere nunca.

—¿Qué me cuenta V., D. Restituto? ¿Quién tuviera la suerte de convertirse en humanidad!

—No diga V. necedades.

—Hombre, para no morir.

—Y en cierto modo no morirá V.; pues como miembro de la humanidad, vivirá V. en los demás que quedan.

—Es decir, que después de muerto yo ya vivirá mi vecino por mí. Pues ¡vaya un consuelo! ¿Y es eso todo lo que puedo esperar de los progresos, derroteros, adelantos y perfeccionamientos? Pues mire V., D. Restituto, me gusta más lo de la doctrina cristiana. Me gusta más creer que el hombre ha nacido para servir á Dios en esta vida y después gozarle en la otra. Que es como si dijéramos; para sembrar aquí y coger allá. Así me explico el misterio de su existencia llena de dolores, que suelen ser los que preparan el destino de su eternidad.

—Ilusiones, amigo mío, ilusiones! La filosofía libre-pensadora es positivista, y no se mete en eso. Sólo cree en lo que vé. Más allá de la vida no vé nada, y no admite nada. Por eso afirma que el hombre nace para vivir, y vive para perfeccionarse.

—Justo y se perfecciona para morir, y se muere para que lo coman las ratas. ¡Qué bonito! ¡Qué racional! ¡Y qué consolador!

Al oír esto el señor de Lapanzagorda, no dijo una palabra más.

Momentos después, continuando nuestro paseo, nos encontramos frente á la puerta del maestro Garlopa, antiguo carpintero, hombre de muy mal genio, y que, en su afición á las cosas rancias, aun usaba una de aquellas monteras que, puestas en la cabeza, parecían la cumbre del Sinaí.

Cuando llegamos, el maestro afilaba una hoja de cepillo.

Entonces se me ocurrió una broma alusiva á nuestra anterior conversacion.

—Parece que se trabaja, maestro, le dije deteniéndome.

—Estoy repasando esta hoja, que por cierto me ha salido muy buena.

—Hombre, ¿y por qué los carpinteros tienen Vds. el capricho de afilar los cepillos?

—¿Cómo capricho? dijo el maestro mirándome con sorpresa. Pues qué, ¿acaso se afilan los cepillos para tirarlos? Yo afilo mis cepillos para acepillar, como limo mis sierras para aserrar, y... como se hacen todas las cosas... para algo.

—¡Ah! vamos, ya. Dispense V.

—¡Pues claro! siguió diciendo el maestro un poquillo escamado, temiendo alguna guasa.

Y luego añadió variando de tono: Esta tarde tengo que dejar acepillados y corrientes estos tableros.

—¡Hermosos tableros! dije yo mirándolos. Van á ser muy bonitos. ¡Lástima que después de quedar perfectos no sirvan para nada!

—¿Cómo para nada! saltó el maestro echándose atrás la montera. ¿Se ha vuelto V. loco, ó se burla V. de mí? ¿Cuándo ha visto V. que los carpinteros trabajen la madera para nada? ¿No comprende V. que los tableros son para construir alguna cosa? Por ejemplo, una mesa.

—¡Ah! ¿conque son para construir una mesa?

—¡Pues claro está! Así como la mesa es para hacer tal ó cual trabajo, y el trabajo es para ganar la vida, y la vida...

—Siga V., maestro.

—¡Ah! ¡la vida! exclamó el maestro Garlopa, poniéndose más serio. Esto ya es otra cosa. La vida debe tener un objeto muy gordo; porque si las cosas valen en proporción de lo que cuestan, mucho debe valer lo que cuesta tanto.

Yo he trabajado y sufrido mucho, añadió el viejo carpintero: claro es que para algo habré sufrido y trabajado. Si se me dice que *para vivir*, al que me lo diga, le llamaré loco. Porque trabajar y sufrir para vivir, y vivir para sufrir y trabajar, es lo mismo que acepillar tableros para hacer mesas que sirvan para comer, y comer para hacer mesas y acepillar tableros; es dar vueltas á la noria para sacar agua, y sacar agua para darle vueltas á la noria. Eso es una barbaridad, y el mundo no está compuesto de barbaridades.

—¡Magnífico! maestro Garlopa, es V. un filósofo; pero á estas horas aún no nos ha dicho V. para qué es la vida.

—Hombre, si es V. cristiano, no lo pregunte. ¿Quién duda que hemos nacido para unirnos á Dios, que es el Amor de los amores? Somos como una novia que marcha en busca de su esposo ataviándose por el camino. ¡Ay de ella si cae y se llena de lodo! porque si no se limpia, jamás celebrará su boda. Nuestro atavío, nuestra limpieza, nuestra perfección, sólo pueden alcanzarse por el cumplimiento de las divinas leyes. La creación con sus grandezas, la civilización con sus adelantos, no son más que el instrumento de la obra. ¿Quién duda de esto?

—¿Que quién lo duda? exclamé, conteniéndome para no dar un abrazo al maestro Garlopa que debajo de su pobre montera encerraba más ciencia que muchos sabios. ¿Que quién lo duda? Aquí tiene V. uno que lo duda, dije queriéndole enzarzar con D. Restituto.

Pero D. Restituto hizo como los perros que se le echan al oso: que ladran, pero á cierta distancia.

El tío Garlopa tenía muy mal genio.

—¡Ph! diré á V., exclamó D. Restituto: el señor de Garlopa, como católico, tiene sus ideas, pero....

—¿Qué pero, ni qué pera? saltó el maestro Garlopa. No es

menester ser católico para crear ciertas cosas; basta tener sentido común. El que esta vida es una lucha, y que esa lucha tiene algún objeto y alguna recompensa que no puede ser la lucha misma, lo reconocen lo mismo el católico que el mameleuco.

—Bien, pero nosotros los libre-pensadores, replicó D. Restituto, decimos que el hombre vive y lucha para perfeccionarse.

—Justo y conforme: para servir á Dios, que eso quiere decir perfeccionarse; pero pregunto yo: ¿Para qué se perfecciona?

—¡Hombre!....

—No hay hombre que valga. Así como yo afilo el cepillo para cepillar madera, y acepillo madera para hacer una mesa, y hago la mesa para comer, y como para vivir, y vivo para perfeccionarme; para algo me perfeccionaré también á no ser que suponemos que el Autor de la naturaleza quiso hacer con el hombre lo que no haría ningún aprendiz de carpintero con la peor de sus herramientas: que es *amolarla* primero, para tirarla despues

—Esa comparacion es grosera.

—Na tanto como V. cree. Acaso la vida del hombre que quiere perfeccionarse, ¿es otra cosa que un martirio en el que las tribulaciones van desgastando poco á poco los vicios de la naturaleza? ¿Y quiere V. que despues de limpio el instrumento que sirva para nada? ¿No se lima en vano una sierra, y había en vano de limarse á un hombre? No, señor D. Restituto, el hombre trabaja y se perfecciona, ó lo que es lo mismo, sirve á Dios en esta vida, para gozarle en la otra. Es un instrumento enmohecido que Dios pule y limpia antes de utilizarlo en la obra de la eternidad.

—Soy libre-pensador y no paso por esa teoria.

—Porque está V. sin pulir, ó lo que es lo mismo, sin desbastar. Deje V. que le llegue la hora de *amolarse*, y ya cambiará V. de opinion.

El tio Garlopa tenia razon. D. Restituto, jóven, robusto, y mimado por la fortuna, era uno de tantos libre-pensadores como andan por el mundo discurriendo á tontas y á locas como caballo sin freno.

Pero la misericordia de Dios se lo pone á cada uno como y cuando más le conviene.

A D. Restituto empezó poniéndoselo primero en el bolsillo por medio de unbanquero que quebró de la noche á la mañana arrebatándole toda su fortuna.

Despues de esta peripecia fué atacado de dolores reumáticos.

Y á renglon seguido, le salió una fugada de golondrinos, efecto de los disgustos.

Y no paró aqui la cosa.

Aún no habian acabado de salirle los golondrinos, cuando le salieron sus hijos, que eran otros tantos golondrinos de peor especie, educados en la *escuela libre* de su padre, y le pusieron un pleito sobre no sé qué derechos relativos á la herencia materna.

Al sentir este último golpe, el pobre D. Restituto no pudo más, y cayó herido de una dolencia incurable, de una enfermedad del corazon.

Al reclinarse sobre el techo, del que no habia de laventarse jamás, el desgraciado racionalista comprendió que se le abrian de par en par las puertas del sepulcro, y sintió frio en el corazon.

Miró á la muerte cara á cara, y la halló muy fea. Es como suelen hallarla casi todos los incrédulos; que se taparian los ojos por no verla.

Pero es el caso que nuestro hombre aun con los ojos tapados la veia. Entonces ideó ponerle careta para que le pareciese menos repugnante.

Pero ¿quién pone caretas á la muerte? ¿Quién fuera de Cristo, podrá tornar alegre ese triste fantasma de nuestros dolores?

D. Restituto apeló á la filosofia; es decir, á su filosofia atea y naturalista.

La vieja meretriz se le presentó; pero no seductora como en los dias de su devaneo, sino desdñosa y con el veneno en el corazon.

—¿Pretendes, dijo, que se disfrace la muerte? Vaya una pretension ridicula. ¿Acaso no se trata de un fenómeno natural? Deja esas ilusiones para los que creen en otra vida. Tú debes

morir como los espíritus fuertes. Te mueres porque sí; porque se acabaron tus fuerzas; porque triunfaron las afinidades químicas sobre tus energías biogénicas. Es una ley que se cumple y nada más.

Pero ¿y mi corazon? exclamó el sabio, con ese sentimiento que sólo la muerte sabe inspirar. Si el morir es natural, ¿porqué mi corazon ansia vivir? Si el morir es natural, ¿por qué sufro tanto?

—Porque no reflexionas. Piensa que si tú te reduces á polvo, ese polvo dará vida á otros seres; que si mueres, la humanidad vivirá y no sólo vivirá, sino que *progresará y seguirá los grandes derroteros que le abren las ciencias, las artes, la industria, la civilizacion*.

—¡Industria! ¡artes! ¡civilizacion! exclamó el sabio desesperado: si cuando vivo, apenas os disfruté, y muerto tengo absolutamente que perderos, ¿cómo habeis podido vosotras ser el único objeto de mi vida? Comprendo que nazcamos para perfeccionarnos; es verdad; pero ¿es posible que nos perfeccionemos para morirnos? si la perfeccion es una lucha, y la muerte es la nada, ¿es posible que luchemos tanto para nada? ¡Oh! no puede ser, eso es mentira. Jesús, Cristo Jesús, tú dijiste que eres el camino, la verdad y la vida. Pues bien: ya que pierdo la del cuerpo, te pido la del alma. Ten misericordia de mí.

En aquel momento un vivo recuerdo iluminó la mente del enfermo.

Parecióle ver al mestro Garlopa que con el cepillo en la mano disputaba con él.

Le hablaba de Dios.....

«Somos la esposa, repetia, que camina en busca del esposo. Nacemos para amar y ser amados. ¡Ay del que se desvia en el camino del amor, cogiendo las flores de sus orillas!

«Porque flores que se marchitan, jamás podrán tejer nuestra corona nupcial.

«Oh Padre celestial! en verdad que sólo nacimos para gozarte, y que todo cuanto nos rodea es sólo la escala para llegar á ti.»

Es de creer que estas últimas palabras no pudo oirlas el enfermo, porque en aquel momento, la muerte aproximándosele repentinamente, le dió el primer beso.

El filósofo se estremeció; pero en sus labios se pintó una sonrisa.

Era que la muerte, para besarle, se habia transformado. Tenia cara de cielo.

Seis horas despues, D. Restituto, arrepentido, moria en los brazos de la religion.

NOTA. Esta historia parecee inverosímil, y sin embargo, es la historia de cada dia.

Hay muchos filósofos por el mundo como el Sr. Lapanzagorda, que cambian de filosofia en el momento que se les pone la panza flaca.

Eso pueba, que entre la filosofia y la panza, hay más relacion de lo que algunos creen.

¿Si será por eso por lo que el cristianismo prescribe los ayunos y los sacrificios que tanto se oponen al desarrollo de la panza?

¡Tal vez!

PEPITAS DE ORO.

Voy á referiros, mis queridos lectores, la graciosa discusion que suscitó entre tres niños esta sencilla cuestion: *¿cuál es el día más hermoso de la vida?*

Los tres eran alumnos de una de esas casas que la Iglesia ha llamado con tanta propiedad *seminarios*, porque el niño es como una semilla que, impregnándose lentamente en una savia poderosa, desconocida al mundo, se transforma, se purifica, se eleva y llega á ser, bajo la mirada de Dios, lo que hay de más grande sobre la tierra: un *apóstol*.

Allí, en aquella atmósfera templada por la gracia, nada hay

pueril, nada pequeño; todo es allí grande sin hinchazon, elevado sin pretension, amable sin desabrimiento, serio sin fastidio.

La infancia y la juventud se muestran allí con sus risas festivas y sus gozosas recreaciones, pero risas y recreaciones que no son sino la expansion del alma y del corazon, que despiden, como la profusion de flores en la primavera, perfumes de inocencia, de frescura y de alegría.

Cuando oís á un niño emitir sencillamente *una idea superior á su edad*, estad seguros de que aquel niño ha sido educado en un seminario, ó en una casa profundamente cristiana.

Allí, y solamente allí se comprende la grandeza de esa palabra *educar*.

* *

Los tres están reunidos bajo uno de esos arcos que forman el claustro del patio.

—Esta mañana, dice uno de ellos, nos han dicho que el día de la primera comunión era el más hermoso de la vida. ¡Oh, y qué verdad es! Jamás seré yo tan dichoso como lo fui el día en que por primera vez vino Dios á reposar en mi corazon. ¡Oh, qué día aquel!

El niño se detuvo conmovido, y sus amigos pudieron ver sus ojos llenos de lágrimas.

—Hay un día más hermoso que aquel, dijo el segundo.

—Más hermoso no, replicó vivamente el primero, no; ¿cuál puede ser ese día?

—Aquel en que siendo sacerdote celebrase yo mi primera misa, y en que, antes de recibir á Jesucristo, le tuviese por primera vez en mis manos, le ofreciese en sacrificio y pudiese decirle con una emoción que siento ya: *¡Dios mío!*

—Hay un día más hermoso que esos, dijo sencillamente el tercer niño.

Un grito de sorpresa se escapó á los dos primeros.

—No, no puede ser, dijeron á la vez.

Y el que acababa de hablar repitió mirando al cielo:

—Sí; hay un día más hermoso que esos dos, tan hermoso sin embargo.

—¿Cuál es pues ese día? ¿Es el de la muerte, que permite al alma ir á unirse á su Dios por toda la eternidad.

—No.

—¿Es aquel en que se hacen para siempre esos votos solemnes que impiden ya volver al mundo?

—No, no. ¿Y qué, pobres amigos, no lo adivináis? *Es el día del martirio.*

* *

¡Dichosos niños! ¡Dichosos padres! Dichosos maestros!

Imp. de F. Bertran, Pelayo, 60, bajos (interior).

VOCABULARIO DE CATALANISMOS

ó sea de numerosos errores en que suelen incurrir los catalanes por traducir al pié de la letra ciertas voces, locuciones y frases del lenguaje catalan, que no tienen exacta correspondencia en la lengua castellana.

Van intercalados algunos interesantes artículos sobre las principales cuestiones gramaticales que en la actualidad se agitan; á más, un conciso y claro artículo respecto al uso del acento ortográfico en catalan y castellano; y por remate, una completa lista alfabética de los artículos contenidos en la obra. Compuesto y ordenado por M. M. C.—Se halla de venta al precio de 6 reales cada ejemplar, encuadernado á la media holandesa.

DICCIONARIO (Novísimo) DE LA LENGUA CASTELLANA,

en que se halla el texto íntegro del último publicado por la Academia española, aumentado con cerca de cien mil voces y acepciones de ciencias, artes y oficios por una Sociedad de Literatos; seguido del *Diccionario de Sinónimos* de D. Pedro María de Olive, y del *Diccionario de la Rima* de D. Juan Peñalver. Un hermoso tomo en 4.º encuadernado con lomo de tafete y planas de tela, 20 pesetas.

BIBLIOTECA ECLESIASTICA DEL RDO. P. CALASANZ DE LLEVANERAS.

Comprende la **Teología moral, Dogmática, Derecho canónico, Hermenéutica sacra**, todos cuatro tomos encuadernados en un solo volumen en pasta, 4 pesetas. También se venden por separado á 1 peseta en rústica, y á 1 peseta 25 céntimos encuadernados.

OBRA NUEVA

EL CHARLATANISMO SOCIAL

por el R. P. Félix, de la Compañía de Jesús, obra traducida por D. José M. Carulla, director de «La Civilización.»—Véndese á 2 pesetas.

SALUDABLE DEVOCION CONTRA LA PESTE.

En forma de Cruz.—Véndese á 4 reales el ciento.

TRADUCCION DE LAS JACULATORIAS para pedir á Dios nos libre de la peste, escritas en latín por San Zacarías, Obispo de Jerusalem.—Trigésima edición. Con licencia del Ordinario.—Véndese á 2 reales docena.

Los pedidos á la Librería de la Inmaculada Concepcion de Juan Grabulosa, Buensuceso, 13, Barcelona.